



José y yo nos casamos pensando en poder tener muchos hijos, pero mi primer embarazo se complicó por una enfermedad que los médicos llaman al inicio "preeclampsia" y cuando el proceso se agrava "eclampsia". Debido a esta enfermedad, los niños son incapaces de eliminar los tóxicos que se producen en el embarazo y se eleva mucho la tensión arterial. Yo me agravé en el octavo mes de mi embarazo y según los médicos no había muchas esperanzas de que sobreviviera, al igual que mi bebé. Y digo "bebé", pues tenía la intuición de que iba a ser un varón "igualito a su padre".

En ese estado perdí la conciencia y aunque de vez en cuando la recuperaba, volvía a perderla en cuanto me empezaban las convulsiones de nuevo. En cada uno de estos ataques se esperaba que ya no despertara más.

Ante tan pésimo estado, los médicos se reunieron y decidieron practicarme una cesárea. Era la única forma de salvar a mi niño y a mí. Me acuerdo que al entrar al quirófano me comenzó otra convulsión y que el anestesista me dijo: "¡Lucha por vivir!, ¡Lucha!" No recuerdo más. No recuperé la conciencia hasta muchas horas después.

Según me contó mi esposo, acabada la intervención, los médicos lo llamaron al quirófano para que me viera por última vez. Esta inconsciente y muy pálida. Le enseñaron también al bebé, un varón, pero le dijeron que al igual que yo tenía muy pocas posibilidades de vivir. Nos dieron 72 horas de vida; si las sobrevivíamos, sería un milagro.

Y el milagro de Dios sucedió, pues a las 72 horas recuperé la conciencia. Nunca podré olvidar la primera mirada de mi hijo. ¡Dios mío!... era igualito a su padre. Lo que angustiaba en esos momentos era el temor de que mi niño no se salvara. Lo tenían en una incubadora y era tan pequeñito..., tan indefenso... No llegaba a pesar ni 5 libras. A mí me dolía muchísimo la cabeza y el estómago; pero no me importaba sentirme tan mal, tan sólo le pedía a Dios que salvara a mi bebé.

Me inyectaron muchos medicamentos para tratar de controlarme la presión arterial. Los días pasaban y poco a poco mejoramos. Recuerdo algo que me

impresionó bastante. En la misma clínica se encontraba por casualidad la matrona mayor que atendió el nacimiento de mi esposo José. Ella vino a ver a mi hijo recién nacido y cuando lo vio exclamó: "Niño que se parece al padre honra a la madre".

Eran tantos los deseos de tener más hijos, que a pesar de que sabía que corría mucho peligro, volví a quedar embarazada y a los dos años nació mi "niña bonita", Sofía. El embarazo también fue problemático, volví a enfermarme de nuevo con preeclampsia, pero esta vez el tratamiento me fue mejor y me hicieron la cesárea a su debido tiempo. Sofía estuvo 33 días en la incubadora y tuvo que luchar mucho por su vida. Hoy es una linda mujer casada y con dos hijas.

En el tercer embarazo, las dificultades se agravaron y nuestro hijo murió a las 30 horas de nacido. Fue un golpe muy duro para José y para mí. Mi niño había muerto y ya no podría mecerle entre mis brazos. En ese momento pensé: "Dios mío te ofrezco este dolor tan profundo. Te doy gracias porque Antonio José se pudo bautizar y se encuentra ahora como un angelito más en el cielo. Pero mis brazos han quedado vacíos, concédeme la gracia de poder adoptar un bebé y llenar este vacío que siento."

Los años pasaron, pero a pesar de ello nunca dejé de esperar que se me concediese esta gracia. Por aquel tiempo a mi esposo le fueron bien las cosas desde el punto de vista económico y nos pudimos empezar a desenvolver en un ambiente cristiano de clase media-alta. Incluso, pudimos construir una casa muy cómoda y amplia en un barrio residencial. Pero nos faltaba algo... Me daba cuenta de que, al igual que yo, José deseaba tener más hijos, pero por la gravedad de mi estado no me era posible.

Visitábamos las diferentes instituciones dedicadas a la adopción de bebés. Aunque reuníamos los requisitos, por un motivo o por otro, pasaron trece años. Mis hijos, José Antonio y Sofía eran ya adolescentes. José continuaba al frente del negocio y yo me matriculé en la universidad para comenzar otra carrera que ayudara más en mi vida profesional.

Una mañana, inesperadamente, nos llamaron y nos comunicaron que habían recogido una niña expósita (de padres desconocidos) y nos dijeron si todavía estábamos dispuestos, podría ser la hija que tanto habíamos esperado.

Mi esposo y yo nos entusiasamos muchísimo. Pero, primero que todo, teníamos que consultar el asunto con nuestros hijos y con la nana que lo cuidaría. Nos reunimos inmediatamente. No había tiempo que perder, ya habíamos esperado trece largos años y no nos quedaba mucho tiempo de juventud para poder hacer frente a la crianza de una nueva criaturita.

Nuestra hija Sofía fue la primera que se entusiasmó al saber la noticia, de tal forma que nos preguntó: "Papi y mami: ¿cuándo llega nuestra hermanita? ¡Que venga pronto!" Mi hijo se quedó pensativo, y al momento nos dijo: "Caray, yo pensaba

que este momento nunca iba a llegar"; y agregó con una gran sonrisa: "¡Tráiganla pronto!". La nana nos prometió cuidarla y amarla como una segunda mamá. Fueron momentos de un gozo inefable, nuestros corazones palpitaban de alegría y con gran ansia esperamos la llegada a casa de nuestra hijita. Cuando apareció la traían envuelta en pañales, me la pusieron en mis brazos y toda la familia se acercó a acariciarla.

Al mirarla por primera vez experimenté la misma sensación que cuando vi por primera vez a mis hijos: ¡Dios mío! ¡Qué linda es...! ¡Cuánto amor sentía por ella...! Comprendí que esa pequeña niña siempre había estado en mi corazón. Se llamaría María, sí, como la Virgen María, a quien tanto yo le había rogado por esta hija. Sofía dijo: "María Cristina". Con ese nombre fue bautizada. En ese maravilloso momento entendí que "Dios manda a los hijos por diferentes medios; unos los pone en el vientre y otros los pone en el corazón". Es lo que suelo decir a mi hija María Cristina desde que tuvo uso de razón.

A raíz de la llegada de esta niña, ayudamos a 8 familias que estaban ansiosas por adoptar un bebé. Personalmente pude comprobar la felicidad de esos padres cuando recibían y criaban a esos bebotes enviados por Dios a sus corazones "a través del vientre" de otras mujeres.

Hoy mi hija Cristina cuenta con 18 años de edad y es una estudiante universitaria. Estos 18 años han sido de muchas alegrías y satisfacciones, pero como cualquier otra familia, también hemos tenido sufrimientos y problemas, con ella y con los otros dos hijos mayores. Nos sentimos satisfechos porque Dios respondió a nuestra petición concediéndonos esta linda hija. Ella nos ha unido enormemente y ha completado la familia, que si bien no son los doce que planeamos de novios, no deja de ser un buen número.

Durante mis años de espera comprendí el dolor que sufren todas esas "madres en potencia", mujeres que no pueden llenar sus expectativas de ser madres y que nunca podrán acariciar en sus brazos al hijo tan deseado.

Paradójicamente, sin embargo, hay otras mujeres que quedan embarazadas y que por diferentes motivos piensan que no están en la situación de poder atenderlos una vez que nazcan. Entonces optan por la falsa y más rápida "solución": el aborto. No se detienen a pensar que esa vida no les pertenece, que el aborto es un crimen, un gran pecado y que ese niño tiene derecho a nacer. No se paran a pensar que el aborto no es la "solución" ni para ellas ni para el niño; ellas lo llevarán siempre sobre su conciencia.

Es por ello que la Madre Teresa de Calcuta ha llegado a decir: "No los aborten, dénmelos a mí". Esa es la misma súplica de tantas madres, que con los brazos vacíos esperan al "hijo de su corazón".

Cuán felices podrían ser esos niños si los dejaran nacer. Y qué felices podrían ser

esas madres que sufren por no poder dar a luz y que los desean adoptar como hijos con todo su corazón. Yo pienso: "Dios mío, ¡Cuántas madres hay con los brazos vacíos; pero también cuántas mujeres hay que matan a sus hijos..."

Pido a Dios para que no se cometan más crímenes contra los bebés no nacidos y que en lugar de ello se agilicen más los trámites burocráticos para facilitar las adopciones. Todos seríamos así más felices. Daríamos la oportunidad para vivir a esos niños para que puedan cumplir el proyecto que Dios tenía pensado para ellos. Haríamos felices a muchísimas madres. Y lo que es más importante; evitaríamos que muchas mujeres sientan ese peso tan horrible sobre su conciencia, el peso de haber matado a su propio hijo.

Mientras tanto, pido a Dios que esas mujeres que se han practicado el aborto se arrepientan, recurran al Sacramento de la Confesión y experimenten el perdón y la curación de nuestro Dios misericordioso. Y como dice el San Juan Pablo II, dirigiéndose a estas mujeres en el número 99 de su maravillosa Encíclica El Evangelio de la Vida: "Os daréis cuenta de que nada está perdido y podréis pedir perdón también a vuestro hijo que ahora vive en el Señor". Ese bebé también debe el "hijo de su corazón".